

5. Con Propósito Firme de Corazón

Desde una era a otra, los héroes de la fe han sido marcados por su fidelidad a Dios; y han sido puestos conspicuamente ante el mundo para que su luz brille a aquellos en oscuridad.

Daniel y sus tres compañeros son ejemplos ilustres de heroísmo cristiano y devoción a los principios. Un breve relato de la vida de estos cuatro hebreos ha quedado registrado para el aliento de aquellos que son llevados a la tentación y la prueba. De su experiencia en la corte de Babilonia, podemos aprender lo que Dios hará por aquellos que le sirven con un propósito firme de corazón.

Durante el reinado de Joacim, Nabucodonosor sitió Jerusalén,

«Y llevó cautivos a todos los príncipes, y a todos los hombres fuertes y valerosos, hasta diez mil cautivos, y a todos los artesanos y herreros; no quedó nadie, sino la gente más pobre de la tierra.» (2 Reyes 24:24)

Después de su regreso de la conquista de los israelitas, Nabucodonosor...

«...habló a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real y de los príncipes; 4 muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, y dotados de ciencia y de entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y a quienes les enseñasen las letras y la lengua de los caldeos.» (Daniel 1:3-4)

Entre los escogidos de los cautivos de Judá estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías.

«A estos el jefe de los eunucos les puso nombres: a Daniel llamó Beltsasar; a Ananías, Sadrac; a Misael, Mesac; y a Azarías, Abed-nego.» (Daniel 1:7)

El oficial babilonio tenía un propósito al cambiar así los nombres de los jóvenes hebreos. Antiguamente, el nombre de un niño representaba su carácter, y los nombres dados a estos niños eran característicos de lo que se esperaba que llegaran a ser. Eran jóvenes en años, y se creía que este cambio en sus nombres causaría una impresión en sus mentes. Se esperaba que, en poco tiempo, su

antigua religión sería olvidada, y que se volverían en carácter y propósito como los jóvenes caldeos que los rodeaban.

Para que estuvieran plenamente preparados para su vida en la corte, según la costumbre oriental, a estos jóvenes se les debía enseñar la erudición de los caldeos, y durante tres años serían sometidos a un curso completo de disciplina física e intelectual. No solo serían admitidos en el palacio real, sino que también se dispuso que comerían de la carne y beberían del vino que venía de la mesa del rey.

«Y les señaló el rey ración para cada día de la comida del rey, y del vino que él bebía; y que los criase tres años, para que al fin de ellos se presentasen delante del rey.» (Daniel 1:5)

En todo esto, el rey pensó que les estaba mostrando gran honor y que les estaba asegurando el mejor desarrollo físico y mental.

«Pero Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía.» (Daniel 1:8)

Al proponer no comer la comida que el rey había provisto, Daniel no deseaba ser *singular*; sino que estaba decidido a ser fiel a Dios. Como verdadero hebreo, no podía comer la carne ni beber el vino. En la comida provista para la mesa del rey, había carne de cerdo y otros alimentos que fueron declarados inmundos por la ley dada a Moisés.

Además, una porción de la comida, y también del vino, era apartada como ofrenda a los dioses falsos de Babilonia. Según las ideas religiosas de la época, este acto consagraba el todo a los dioses paganos.

Daniel y sus tres hermanos pensaron que si no participaban realmente de la generosidad del rey, una mera pretensión de comer la comida y beber el vino, donde tal idolatría se practicaba, sería una negación de su fe. Hacer esto los implicaría con el paganismo y deshonraría la ley de Dios.

Daniel y sus compañeros podrían haber adoptado la postura de que, debido a que su comida y bebida eran por disposición del rey, era su deber participar de ellas. Pero no hicieron esto. Al ser sometidos a la prueba, se pusieron plenamente

del lado de la verdad y la justicia. Mediante la oración ferviente y el estudio de las Escrituras, se prepararon para actuar inteligentemente en el asunto. La carne no había formado parte de su dieta en el pasado, y determinaron que no debería formar parte de su dieta en el futuro.

Por el destino de los hijos de Aarón, sabían que el uso del vino confundiría sus sentidos, que la complacencia del apetito nublaría sus poderes de discernimiento; y como el vino había sido prohibido a todos los que debían dedicarse al servicio de Dios, resolvieron no participar de él. No se contaminarían con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía.

Los fieles jóvenes no sabían cuál sería el resultado de su decisión; pero aunque se dieron cuenta de que podría costarles la vida, resolvieron mantener el camino de la estricta templanza en las cortes de la licenciosa ciudad de Babilonia.

Daniel y sus compañeros son ilustraciones de lo que pueden ser los jóvenes de hoy. Serios, de alma íntegra, estos jóvenes serían fieles a sus principios a cualquier costo. Durante los primeros años de su cautiverio, Daniel estaba pasando por una prueba que lo familiarizaría con el esplendor cortesano, con la hipocresía y con el paganismo. ¡Una escuela extraña, en verdad, para prepararlo para una vida de sobriedad, diligencia y fidelidad! Y sin embargo, vivió incorrupto por esta atmósfera de mal.

A aquellos que hagan como estos jóvenes —cerrar la puerta a la tentación, negar el apetito y ponerse en una relación correcta con Dios— el Señor se les manifestará. Es el privilegio de los jóvenes hoy tener principios tan firmes que las tentaciones más poderosas no los apartarán de su lealtad. La compañía que frecuenten, los principios que adopten, los hábitos que formen, resolverán la cuestión de su utilidad en esta vida y de sus futuros intereses eternos, con una certeza infalible.

También hay una lección para nosotros que aprender en la demanda que el rey de Babilonia hizo de perfección en los jóvenes que debían estar en sus cortes. Debían ser sin tacha, bien parecidos, hábiles en sabiduría, astutos en conocimiento y entendidos en ciencia.

Si un rey idólatra demandaba tal excelencia en aquellos que debían estar ante él, ¿no deberían aquellos que tienen conocimiento del Dios verdadero alcanzar la perfección de carácter y capacidad en Su servicio?

Aquellos que esperan un día estar ante el trono del Dios de dioses y Señor de reyes, deben vivir cada día de tal manera que la aprobación de Dios pueda reposar sobre ellos. Deben buscar diariamente eliminar las manchas en el carácter que llevan al pecado, y traer a sus vidas la perfección de carácter que todos deben revelar quienes tienen parte en el reino de los cielos.

El carácter siempre será probado. Si Cristo mora en nosotros, día tras día y año tras año, creceremos hacia un noble heroísmo. Esta es nuestra tarea asignada, pero no puede lograrse sin la ayuda de Jesús, sin una decisión resuelta, un propósito inquebrantable, una vigilancia continua y una oración incesante.

Cada uno tiene una batalla personal que librar; cada uno debe abrirse camino a través de luchas y desánimos. Aquellos que rehúyen la lucha, pierden la fuerza y la alegría de la victoria. Nadie, ni siquiera Dios, puede hacer que nuestros caracteres sean nobles o nuestras vidas útiles a menos que hagamos el esfuerzo necesario de nuestra parte. Debemos poner características de belleza en nuestras vidas. Debemos buscar expulsar los rasgos desagradables, mientras Dios obra en nosotros el querer como el hacer, por Su buena voluntad.

Para llevar a cabo su propósito de no contaminarse con la comida del rey, Daniel hizo una petición al príncipe de los eunucos para una dieta más sencilla.

«Y Dios concedió a Daniel hallar gracia y buena voluntad con el jefe de los eunucos.»
(Daniel 1:9)

Este oficial vio en Daniel buenos rasgos de carácter. Vio que se esforzaba por ser amable y servicial, que sus palabras eran respetuosas y corteses, y que su manera poseía la gracia de la modestia y la mansedumbre. Fue el buen comportamiento del joven lo que le ganó el favor y el amor del príncipe.

Pero el príncipe de los eunucos dudó en conceder la petición de Daniel, temiendo que una abstinencia tan rígida como la que proponía causara que los

hebreos tuvieran una salud menos *florecente* que aquellos que comían de los manjares del rey. Le dijo a Daniel:

«Temo a mi señor el rey, que ha señalado vuestra comida y vuestra bebida; pues, ¿por qué ha de ver vuestros rostros de peor aspecto que los de los muchachos de vuestra edad? Así haríais que yo pierda mi cabeza ante el rey.» (Daniel 1:10)

Pero no eran los lujos del rey lo que daría a estos jóvenes un rostro claro y un ojo brillante. Era la conciencia de contar con la aprobación de Dios. Y Daniel sabía que si a él y a sus compañeros se les permitía adoptar una dieta sencilla, para cuando fueran llamados a comparecer ante el rey, las ventajas de la reforma de la salud serían evidentes en su salud física. Daniel suplicó una prueba de diez días:

«Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días, y nos den legumbres a comer, y agua a beber. Compara luego nuestros rostros con los rostros de los muchachos que comen de la ración de la comida del rey; y haz después con tus siervos según veas.» (Daniel 1:12-13)

«Consintió, pues, con ellos en esto, y probó con ellos diez días.» (Daniel 1:14)

Cuando presentaron su petición, los jóvenes hebreos conocían la seriedad de su posición, y mediante la oración ferviente se prepararon para el deber y la prueba. Sus compañeros los criticaron severamente; tuvieron que enfrentar el ridículo y el abuso; pero las burlas no pudieron debilitar su piedad.

Con vigilancia y oración custodiaron toda vía de tentación. Habían aprendido los principios del verdadero servicio. Eran cautivos, solitarios y en peligro; pero poseían un tesoro de valor incalculable: *una integridad inquebrantable*. Temían hacer el mal.

«Al cabo de los diez días, sus rostros se veían más hermosos y más robustos que los de todos los otros muchachos que comían de la ración de la comida del rey.» (Daniel 1:15)

«Así pues, Melzar se llevaba la ración de la comida de ellos y el vino que habían de beber, y les daba legumbres.» (Daniel 1:16)

Las sencillas legumbres y el agua, que solicitaron al principio, fueron a partir de entonces el alimento de Daniel y sus compañeros.

De la experiencia de estos niños hebreos, podemos aprender la valiosa lección de que el Señor vela por aquellos que se ponen en una relación correcta con Él y con Sus requisitos. Dios vio con aprobación la firmeza y la abnegación de estos jóvenes, y Su bendición los acompañó.

En Daniel y sus compañeros tenemos un ejemplo del triunfo de los principios sobre la tentación y la complacencia del apetito. Nos muestra que, a través de principios religiosos, los jóvenes pueden triunfar sobre las concupiscencias de la carne y permanecer fieles a los requisitos de Dios, aunque les cueste un gran sacrificio.

Lo que los jóvenes y las señoritas necesitan es heroísmo cristiano. La Palabra de Dios declara:

«Mejor es el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.»
(Proverbios 16:32)

Dominar el espíritu significa mantener el yo bajo disciplina. Los jóvenes no deben suponer que pueden seguir viviendo vidas despreocupadas e indulgentes, sin buscar preparación para el reino de Dios, y aun así, en tiempo de prueba, ser capaces de mantenerse firmes por la verdad. Necesitan buscar fervientemente llevar a sus vidas la perfección que se ve en la vida del Salvador, para que cuando Cristo venga, estén preparados para entrar por las puertas a la ciudad de Dios.

El amor abundante de Dios y Su presencia en el corazón darán el poder del autodomínio, y moldearán y formarán la mente y el carácter. La gracia de Cristo en la vida dirigirá los objetivos, propósitos y capacidades hacia canales que darán poder moral y espiritual —un poder que los jóvenes no tendrán que dejar en este mundo, sino que podrán llevar consigo a la vida futura y retener a través de las edades eternas.